

Me cayó la teja

Por Fabiola Garuti

Si hay algo que siempre he escuchado, son los pájaros del patio de mi casa. Desde el primer día en que llegué hace años, los escucho. Se siente como si los que estaban cuando llegué, ya fuesen tatarabuelos.

Hoy me desperté con el chillido de los pájaros, otra vez. Noté que el día ya estaba muy claro, iba a llegar tarde. Me levanté lo más rápido que pude, me duché, me puse mi tenida favorita; mis jeans con el chaleco verde de mi papá, que combinaban con mi pelo y ojos café miel. Baje a desayunar como todos los días y vi a mi mamá en pijama, cabizbaja.-¿Por qué tan arreglada Camila?-. La miro y me cae la teja, no tengo clases. Estamos en cuarentena.

Subí a mi pieza desconcertada, llevo más de un año en las mismas y me vine a confundir ahora. Me frustré y empezaron a deslizarse lágrimas en mi cara, ni siquiera me molesté en secarlas. Miré mi computador abierto y ya era hora de mi clase, una de las clases de mi primer año de universidad donde no conozco a nadie porque nunca he ido. La ansiedad me vino inmediatamente y por instinto comencé a morderme los cueritos de los dedos, mientras miraba el techo de mi casa por la ventana.

Nunca he sido una persona rebelde, mis papás siempre han sido muy buenos conmigo y nunca tuve la intención de rebelarme hacia ellos. Pero en ese momento, mi cabeza lo único que hizo fue convencerme de salir por la ventana y olvidarme del encierro, aunque fuese un día. Me levanté de la cama, me sequé las lágrimas y bajé por el techo hasta el patio. Salí por la reja hacia la calle, dejando de lado mi computador y las clases. Caminé hacia el paradero y tomé la primera micro que apareció con dirección al barrio Lastarria.

Mientras iba en la micro pensaba en llegar a caminar para ver las calles pintadas, vendedores de posters y gente de todo tipo, como me encantaba hacer antes de toda esta pandemia. Por otro lado pensaba en lo asustada que estaba, nunca había hecho algo como “escaparme” y era muy peligroso por la cantidad de casos. Llegué a la calle principal y no había absolutamente nada. Nuevamente me cayó la teja ¿Por qué pensé que sería como antes?

Caminé un rato y fui de nuevo al paradero para volver a mi casa, ya estaba arriesgando mucho y no quería el reto de mis papás. Me senté en el paradero y justo llegó una micro. Se bajó corriendo una mujer que me dejó con la boca abierta. Se veía más o menos de mi edad, rubia, con los ojos verdes y más alta que yo. Veo que corre justo hacia mí y se sienta al lado mío. Me vino un nervio en la guata y por un momento dejé de pensar en mis papás, en la pandemia y en todo.

- ¿Rompiendo la cuarentena?- me preguntó. Me habló, no lo podía creer, este outfit guardado en cuarentena sí servía después de todo.

- No tan apurada como tú - le dije. La noté un poco nerviosa, pero no al nivel de incomodarse

- Olivia-. Dijo mientras me estiraba el codo

- Camila-. le estiré el mío.

Después de presentarnos, me propuso caminar juntas para escapar del encierro y acepté. Tenía una vibra libre y extrovertida, contraria a la mía, nerviosa y abrumada con lo que estaba haciendo. Me empezó a contar que ya era común para ella salir de su casa cuando no quería estar encerrada, tenía una muy mala relación con su papá y su hermano mayor. En el momento me imaginé lo duro que debía ser, yo tenía una familia muy linda con la que me encantaba compartir. Después de un rato caminando y hablando, pensé que quizás corría peligro estando con ella por todo lo que salía, pero lo ignoré. Estaba encochada con esta rubia a mi lado y fuera de la cuarentena. Me olvidé de los riesgos.

En un par de horas, la conversación seguía fluyendo como nunca antes me había pasado. Nos sentamos en un parque y seguimos hablando hasta que se empezó a oscurecer el día. Comencé a asustarme.

-Me tengo que ir-. Le dije.

-Quédate por favor-. Me dijo con una cara a la que no pude negarme. Me acerqué a ella y le pregunté qué le molestaba tanto de su casa. Se acercó para decirme un secreto y se desvió para darme un beso en el cachete. La miré con una leve sonrisa, en el fondo sabía que no quería hablarme del tema y lo ignoró seduciéndome. No me molestó porque sé que tenía ganas de hacerlo. Me acerqué a su boca y le dije:

- ¿Segura que no tienes covid?-

- ¿Por qué no lo compruebas?-. Dijo a un centímetro de mi boca. No aguanté y me acerqué a darle un beso. No me importó ningún posible contagio.

Miré mi celular después de horas y tenía 15 llamadas perdidas de mis papás. Llamé, les expliqué todo y les pedí perdón. Me iban a ir a buscar en ese instante y tendría que olvidarme de la mayor aventura que tuve en más de un año y medio encerrada. Me despedí de Olivia como si la conociera hace diez años, con un abrazo apretado y un beso. Le dije que mantendría contacto con ella y que podía contar conmigo de ahí en adelante.

Llegaron mis papás y me quitaron el celular de inmediato como castigo. Me retaron todo el camino, pero lo único que podía pensar era en Olivia. ¿Cómo iba a hablar con ella ahora que no tengo el celular? Va a pensar que la ignoro.

Pasaron cinco días sin mi celular, sin saber de ella y no toleraba la idea de que ella pensara que no estoy todo el día con su nombre en mi cabeza. Llegó mi mamá con una expresión preocupante hacia mí.

- ¿Qué es esto?-. Me dice mostrándome el celular. "Olivia: Camila tengo covid"